

Massaguer Recuerda.

Como Don Gual se siente hoy perezoso, le ha pedido a su inseparable amigo Don Conrado, que le envíe unas cuartillas de reminiscencias del Carnaval, y el Comisionado del Carnaval lo ha hecho con gusto:

No sé si es, por haber nacido en un domingo de Carnaval, lo que me hace sentir más joven, los días en que festejamos la llegada del Rey Momo (este año se parece mucho el monarca a Rosendo Rosell), que comparte con una chiquita "muy santa" cuyo nombre no podemos adelantar por la convicente razón de que ignoramos el resultado de las elecciones al escribir estas líneas. Como dije antes, nací en Domingo de Carnaval (3 de marzo) en la ciudad de Cárdenas, que en aquellos años últimos del siglo pasado, celebraban las fiestas con un rey, que era solamente de la nobleza. Ese año fué, creo, el Duque de la Coliflor, y el año anterior el Marqués de Repollo. Cuánto hubieran gozado los criolitos de hoy, quienes se mueren por estrecharle la mano a un noble, aunque fueran aquellos de la nobleza hortense. A las diez de la mañana de un bello día de sol vine al mundo, coincidiendo con el Duque que llegaba a Cárdenas, en una chalana decorada con un artístico trono, desde donde saludaba a la muchedumbre cangrejera que se agolpaba en los muelles. Allí estaban—según las crónicas de la época—los Des Chapelles, Larriou, Lajonchere, Jones, Comas (alcalde era entonces un miembro de esta ilustre familia catalana), Menocal, Diez-Argüelles, Rojas, Fitzgibbon, Lluviá, Portell-Vilá, Villa, Rabel, Mederos, Arechabala, Reinaldos, Carol, Gou, Garagol, y otros miembros de la sociedad de Cárdenas, que acababan de "descubrir" la playa más linda del mundo que era, es y será Varadero. Mis padres, como es lógico suponer, tuvieron que quedarse en casa, esperando mi llegada, que se realizó, cuando el doctor Alejandro Neyra, dió certificado hipocrático de que había nacido un robusto varón.

De mi primer carnaval, dos años después, sólo recuerdo un susto. Me hallaba asomado a la ventana de mi casa de la calle de Aranguren, cuando dos muchachitas disfrazadas con sendas caretas de alambre, de expresiones pavorosas, me aterrorizaron en tal forma, que me caí, de la silla donde me habían sentado. Después de medio siglo, una de las pepillitas guazonas me confesó que había sido ella una de las dos, y que recordaba la indignación de mis familiares, cuando me curaban el "chichón". Esta ex jovencita es hoy una respetable dama de la más alta sociedad habanera, (doña Rosa Castro viuda de Zaldo).

Viví más de doce años en Mérida de Yucatán, la hospitalaria ciudad de los Montejos, a donde fui con mi familia por la guerra del 95, que no tuvo nada de alegre y mucho menos carnavalesca, a pesar de que el 24 de Febrero fué un Domingo de Carnaval. La mayoría de los oficiales y soldados españoles, andaban

por ahí "echando un pie" con las tentadoras "criollas" que sabían defenderse tras la cortina de hierro, que era el corset bajo el dominio. Los carnavales de Mérida de Yucatán, fueron, desde mediados del siglo XIX, famosos y competían con los de Nueva Orleans y otras ciudades de este hemisferio. Allí sí celebraban (cuando yo era un pollito, constante) las verdaderas batallas de flores. En esos actos, en vez del entonces muy barato confetti y serpentinas, se arrojaban flores a millares, ocasión aprovechada por algunos enamorados, para dejar caer suave y amorosamente sobre el regazo de la amada, que paseaban en coches o en carrozas, un estuche de perfumes, un cofre de joyas, o una apetitosa caja de bombones o palomas atadas con políceromas cintas, llenas de inflamantes inscripciones. El último día de las inolvidables fiestas era el Entierro de Juan Carnaval. El divertido monarca de la careta, iba recostado en su pintarrajeado féretro, despidiéndose de la concurrencia que lo aclamaba. No olvidaré nunca a dos bellísimas cubanas que iban de terrones, en una plateada azucarera, mientras dos sportsmen yucatecos vestidos de frac, con alas de moscas, trataban de devorar el dulce producto de Cuba. Quizás fué en 1897, cuando se hizo, fuera de aquí la primera publicidad del azúcar, que Barroso, Mañas y Pando no pudieron apreciar, por no haber vivido en Yucatán y porque dos de ellos no habían nacido todavía. (?). Las dos damas cubanas todavía viven y leerán, a través de las lágrimas que provocan los buenos recuerdos, estas líneas de su niño admirador de entonces.

Al poco tiempo de iniciar mi carrera artística y periodística en esta querida Habana, tuvo ésta la suerte de presentar a un gran alcalde: don Julio de Cárdenas y Rodríguez, que le dió un gran empuje a los carnavales, que se llamaban Festejos Invernales, por lo que tenía de atractivos para los turistas. Se eligió una reina que se llamaba Ramona García y era linda, simpática y modesta. Se convocó a un concurso de carteles, el primero que se efectuaba en Cuba. Yo me atreví a presentar uno. Era una pareja de elegantes (dama y caballero) observando con binoculares, una carrera de caballos.

Mi composición estaba ejecutada en tonos planos y brillantes, y las letras eran claras y legibles. Se me quitó el primer premio, yo que presentaba, dentro de mi inferioridad de principiante, el único cartel—frase del Alcalde don Julio, que dió pie a que los críticos de entonces; Max Henríquez Ureña, "Conde Kostia", Barros y otras plumas en El Figaro, La Lucha, La Discusión y EL MUNDO defendieran mi humilde trabajo. Y se me negó el segundo y el tercer premio. Luego se me concedió un accésit de dos que se crearon para "desfacer el entuerto". El otro fué adjudicado a mi viejo colega Rodríguez Morey, hoy Director del Museo Nacional.

Los carnavales de principios de la República ya desfilaban por el Malecón (hasta la calle del Aguila) y por el Prado (hasta el

cruciamiento de Neptuno. Como estas vías no estaban asfaltadas las pipas de riego, hacían de "las suyas" antes del desfile, y el lodo mezclado con confetti y serpentinas le daban un aspecto bastante feo, algo que entonces no lo notábamos, pues teníamos poco tiempo para mirar a Cachita, a Natica y a Nené que coqueteaban de lo lindo con los que como yo estaban "en estado de merecer". En aquellos días existía el parquecito llamado del Malecón, con su rotonda, donde el Maestro Marin Varona con su Banda de Artillería nos ofrecían Verdi y Chopin, Mozart y Beethoven, mezclados en el programa, con el danzón "El Ferrocarriil Central" y las yankees notas de la manoseada "Hiawatha". Los bailes de carnaval eran animadísimos en los caducos salones del Centro Gallego y del Asturiano. El Centro de Dependientes ya gozaba de su palacete en el Prado, que las otras dos sociedades opacaron luego, con sus suntuosos palacios del Parque Central. Los bailes "sabrosos"—según decía Eugenio Santa Cruz—eran los de Tacón, en el coliseo del catalán Pancho Marty, en donde hoy existe un abandonado coliseo con el pomposo título de Teatro Nacional. Había bailes en otros muchos lugares, algunos nada santos, y como yo era un tímido muchachito entonces, lo más que me atrevía era concurrir un rato a Tacón, después de limpiarme los zapatos en la Acera del Louvre, y tomar una ginebrita compuesta en "La Diana", en compañía de "mis inseparables" de los días mozos. No menciono aquí sus nombres porque temo que no les agrade el que rebelde s uedad, y sus escapaditas juveniles. Las duquesas, los milores, los breaks, los faitones, los tilburys, las jardineras, alguna volante y hasta algún quitrín eran los vehículos, que adornados con buen gusto unos y con mal gusto los otros, llevaban en sus "cajas" las lindas habaneras, que son hoy las respetables abuelas y bisabuelas de 1954. Luego Tabernilla, Sarrá, Francois Ruz, Luis Marx, René Berndes, Enrique Conill, los hermanos Lainé, Julio Blanco Herrera y otros sportsmen del principio del automovilismo, empezaron a mezclarse con sus "máquinas" espantando muchas veces a los "pur-sangs" o "jamelgos" que tiraban de los coches sin motor. Sigo opinando que el milord, el coup, la victoria y el break, eran más elegantes que el auto que ha llegado en incontables evoluciones a lo que es hoy: una cucaracha de la luz con ventanas. Por algunos años el automóvil se construía sin techo (con fuelle), y colaboraban bien en el desfile de Momo. Pero luego, durante las dos guerras mundiales, el mercado habanero fué invadido por los sedans y otros enclaustrados vehículos, que hicieron prohibitivos su asistencia en los paseos del Prado y del Malecón. Con los coches cerrados el Carnaval sufrió un tremendo golpe del cual todavía no se ha repuesto.

Por eso el Alcalde actual, que cree en darle lo suyo a este pueblo habanero, tan digno de lo mejor, desde el año pasado está animando el Carnaval, superando los inolvidables de la Corporación del Turismo de ayer, y de los días de los alcaldes Cárdenas y Beruff Mendieta, que vinieron luego.

